



**Félix María de Samaniego**

## **Poemas varios**

Índice

Sueño del martes de Carnaval en Bilbao (1788)

Ridículo retrato de un ridículo señor

A unos amigos preguntones

Décimas

Nueva relación y curioso romance del caso más raro y prodigioso que ha sucedido donde y como verá el curioso lector en la siguiente

desesperada jácara

Epigramas

Glosa de un epigrama de Iriarte

Décima contra un vizcaíno autor de unos malos versos castellanos que él llama sáficos y adónicos

Coplas para tocarse al violín, a guisa de tonadilla

Los huevos moles

(Parodia de «El murciélago alevoso» de Fray Diego T. González)

Descripción del convento de carmelitas de Bilbao, llamado el Desierto

Fragmentos

Décima a don Manuel Samaniego

El pastor músico

Fábula

Por el amor perdido  
Canción

Índice alfabético

Ahí va, que quieras o no,  
A tus obras suscribí:  
Cantar la música Iriarte  
Compuso Juana un día  
En el más sano clima de la España,  
En los campos de Arcadia  
Este padre franciscano  
Grandes alaridos dan  
Gran venta hubieran logrado,  
Huerta escribe que el Parnaso  
¿Qué importa que la gota  
La muerte fiera  
Mis obras serán las flores  
Ninfas del Nervión,  
No soy exagerador,  
Para darme en qué entender,  
Por más que en metro latino  
Santo Cristo de la luz,  
Tus obras, Tomás, no son  
Yo sé que no ensuciarías,  
Yo te amaré,

Sueño del martes de Carnaval en Bilbao (1788)

Ninfas del Nervión,  
la cabeza alzada  
y con vuestras gracias  
mi pluma guiada.  
En la última noche 5  
de este carnaval  
de fatiga lleno  
me marché a acostar;  
rendido mi cuerpo  
de tanto bailar, 10  
deseaba con ansia  
la tranquilidad.  
Mas la fantasía,  
por hacerme mal,

de ninguna suerte 15  
se quiso aquietar.  
Del día y la noche  
la festividad  
me ofrecía objetos  
de gran variedad: 20  
¡Qué de cosas tuve  
yo que repasar!  
La plaza, las calles,  
el fresco Arenal,  
comedias graciosas, 25  
la Consistorial,  
y el lucido baile  
que vi celebrar.  
Allí estaba Laura,  
belleza sin par, 30  
acordeme, y esto  
me hizo desvelar.  
Al cabo Morfeo  
me pudo engañar  
y hube de rendirme 35  
a su potestad.  
Plántome al instante  
en el Arenal  
a ver sus primores,  
riqueza y beldad. 40  
Máscaras diversas  
me hizo reparar  
y mucho en sus trajes  
hallé que notar.  
Cada cual tenía 45  
también su señal  
con una divisa  
muy particular.  
Un hermoso genio,  
viniéndome a hablar, 50  
trajes y divisas  
me pudo explicar.  
¡Válgame Dios, cuánto  
pudiera contar  
si fuera tan fácil 55  
como fue soñar!  
Solamente quiero  
en breve apuntar  
lo poco que de ello  
me puedo acordar. 60

## Ridículo retrato de un ridículo señor1

Ahí va, que quieras o no,  
mi retrato, y claro está  
que no lo conocerá  
la madre que lo parió:  
está más feo que yo, 5  
más raro, más singular,  
y, si gustas de mirar  
su figura atentamente,  
aprende primeramente  
a signar y a santiguar. 10

Según probable opinión,  
soy en el ingenio zorra,  
en parlería cotorra,  
en el tamaño gorrión,  
y en la viveza ratón; 15  
y, aunque de todo blasone,  
siempre en duda se me pone  
qué especie de cosa soy,  
y por esta duda, estoy  
casado sub conditione. 20

Mi cara, si se examina,  
verá el curioso en un año  
que es parte del Gran Tacaño,  
anuncio de hambre canina;  
ni bien es cara ni esquina, 25  
sólo sí es cosa tan rara  
que a todo el que la repara  
a tal risa le provoca,  
que para tomarla en boca  
no sé cómo tengo cara. 30  
Si con maña menos cuerda  
mis cabellos has mirado,  
creerás por mal de mi hado  
que soy animal de cerda.  
No receles que se pierda 35  
tu gusto, si gustas de ellos;  
son fuertes, aunque no bellos,  
y así tu vida estuviera  
más segura, si pendiera  
de alguno de mis cabellos. 40

Lóbrega, oscura y fatal  
forma tal noche mi frente,  
que a tientas tan solamente  
encuentro el por la señal.  
Es ella tan fea y tal 45  
que me inquieta, que me irrita:  
negra, arrugada, chiquita,  
siempre de mal en peor,  
sin poderla hacer mejor  
a fuerza de agua bendita. 50

Permíteme que me queje  
que, siendo mis ojos bellos,  
no gustas, Marica, de ellos,  
por más que yo me desceje;  
son de mi hermosura el eje, 55  
son de Cupido dos grillos,  
y son dos medios anillos  
de brillantes, cual se ve,  
mas nada sirve, porque  
nadie repara en pelillos. 60

Mas de cuatro barbirrojos  
me dicen que son de ver  
mis ojos y me hacen creer  
que son los míos tus ojos  
si te causasen antojos 65  
y tú mis ojos deseas.  
Cállalo porque aunque creas  
hasta los ojos sacarme  
si así piensas engañarme  
antes ciega que tal veas. 70

Mis narices son mejores  
que las echizas de palo,  
y si algo tienen de malo  
es el meterse a mayores.  
Mi cara con mil colores 75  
se avergüenza en su presencia,  
y huye con tal resistencia  
que la deja sin cimientos;  
mas como soplen los vientos,  
no es obra de permanencia. 80

Mi boca es buena y así

no digo más; punto en boca,  
que a mi boca no le toca  
el decir bienes de sí.  
Mírala muy bien, y di 85  
sus elogios al instante  
de que no hay a quien no encante  
por lo pulida y graciosa,  
pues no le falta otra cosa  
sino un dedo por delante. 90

Mis negras barbas infiero  
qué tales que serán ellas,  
que sólo por no tenellas  
estoy pagando dinero;  
mas me consuela un barbero 95  
que se llama Juan Antonio,  
asegurando el bolonio  
que ellas dicen que soy hombre;  
mas por vida de mi nombre,  
que es un falso testimonio. 100

Mi cuerpo por todas caras  
pigmea talla promete;  
y por eso no se mete  
en camisa de once varas.  
De esta falta que reparas 105  
bien se supo aprovechar  
mi mujer que, por ahorrar,  
cuando murió don Canuto  
me hizo un vestido de luto  
del tafetán de un lunar. 110

Decentes mis pies están  
en todo tiempo aliñados;  
pues descalzos o calzados  
son siempre de cordobán;  
los puntos que calzarán 115  
considera por tu vida,  
pues, por cosa reducida  
y de tan poco aparato,  
la horma de mi zapato  
es el pie de la medida. 120

Soy, Marica, cimentado  
en piernas de un hueso seco,  
que me llaman carnicero

y por tu [...] lavado  
sería de carne o pescado. 125  
Tanta y tal es mi carencia  
que segura de conciencia  
en cuaresma comerías  
una pierna de las mías  
sin quebrantar la abstinencia. 130

A unos amigos preguntones

Décimas

Para darme en qué entender,  
ofrecéis a mi elección  
tres bellas cosas que son  
sueño, dinero o mujer.  
Oíd, pues, mi parecer 5  
en este ejemplillo suelto:  
su madre a un niño resuelto  
sopa o huevo le ofreció,  
y el niño la respondió:  
Madre, yo... todo revuelto. 10

Mas si acaso os empeñáis  
en que de las tres escoja,  
la dificultad es floja,  
a verlo al momento vais.  
Espero no me tengáis 15  
por grosero, si a decir  
me preparo, por cumplir,  
la verdad sin fingimientos;  
que dicen los mandamientos  
el octavo, no mentir. 20

No será de mi elección  
la mujer... porque, yo sé  
que es ella de modo... que...  
los hombres... pero, ¡chitón!,

la tengo veneración; 25  
y por mí no han de saber  
que para mejor perder  
el diablo a Job su virtud,  
le quitó hijos y salud  
y le dejó la mujer. 30

Sueño, sólo he de querer  
el preciso a mi persona,  
porque a veces la abandona  
cuando más lo ha menester.  
Cosa es que no puedo ver, 35  
de todo forma una queja,  
por una pulga me deja;  
se va y el por qué no sé;  
y me enfada tanto, que  
lo tengo entre ceja y ceja. 40

¡Oh dinero sin segundo,  
resorte de tal portento  
que pones en movimiento  
esta máquina del mundo!  
Por ti surca el mar profundo 45  
en un palo el marinero;  
por ti el valiente guerrero  
busca el peligro mayor...  
Pues, pese al de Fuenmayor,  
yo te prefiero, dinero. 50

Nueva relación y curioso romance del caso más raro y prodigioso que  
ha sucedido donde y como verá el curioso lector en la siguiente  
desesperada jácara

Santo Cristo de la luz,  
Señor de cielos y tierra,  
dad espíritu a mi voz,  
desatad mi torpe lengua,  
para que pueda cantar 5  
al son de las cinco cuerdas  
de la barberil guitarra,  
no las sabidas proezas

del valiente Pedro Ponce  
y el guapo Francisco Esteban; 10  
no los trágicos sucesos  
de nuestra presente guerra,  
los de Oreilers en la Mancha,  
ni tampoco la refriega  
de Lángara con Rodney, 15  
ni las batallas sangrientas  
de la escuadra combinada  
en Brest, devorando mesas;  
que aun estos horrendos casos  
son como niños de teta, 20  
si se comparan con éste  
que contaré, si me presta  
cada cual de mi auditorio  
como dos cuartas de orejas.

En la villa de Bilbao, 25  
en la hermosa primavera,  
día diez y ocho de abril  
de setecientos ochenta,  
estando en Aries el sol  
y en Libra la luna llena, 30  
amaneció... pero ¿cómo?  
¡Cosa rara! ¡Cosa nueva!  
Por el balcón del Oriente  
Febo asomó la cabeza,  
llenando de resplandor 35  
jardines, casas y selvas.  
Saludáronle las aves,  
respondiendo a Filomena  
mirlas, calandrias, jilgueros  
con sus dulces cantilenas. 40  
Reíanse los arroyos  
que entre las guijas resuenan,  
acompañando a las aves,  
como Gurillón pudiera.  
Dos mil flores sus perfumes 45  
al templado ambiente entregan,  
para que así el blando viento  
a Ceres su incienso ofrezca.  
Estaba pues la mañana,  
dejémonos de parleta, 50  
estaba pues la mañana,  
una mañana de perlas.  
Cuando de repente el cielo,  
cubierto de nubes densas,  
vistiendo de luto al sol 55  
en triste llanto se anega.

Lloraba a moco tendido  
cada signo, cada estrella,  
y hasta las siete cabrillas  
se llamaban Magdalenas. 60  
Esta lúgubre mudanza  
no la extrañará, quien sepa  
que en esta misma mañana...  
¡dioses, dad voz a mi lengua!,  
siendo los cielos testigos 65  
de tan horrorosa escena...  
entre las siete y las ocho...  
se fueron... ¡Doñas aquellas!  
No se fueron para mí,  
pues para mí no son ellas, 70  
que se fueron para cuantos  
obsequiosos las rodean.  
Lloren ellos con los cielos  
tal partida, tal ausencia,  
y maldigan a Zumaya, 75  
castillo do las bellezas  
van a vivir encantadas,  
hasta que haya quien por ellas  
haciendo de don Quijote  
a azotes y volteretas 80  
desencante a su señora  
y a nuestro país la vuelva.

Entretanto, veo yo  
algunos que se pasean  
sin más vida, sin más alma, 85  
que aquel muñeco o muñeca,  
que da vueltas en un cuarto  
después que le dieron cuerda.  
Sé también, quien al oír  
que cayó la más ligera, 90  
por pedir un vaso de agua,  
dijo aturdido a su dueña,  
dame un vaso de Isabel,  
porque me muero de pena.  
Estos horrendos estragos 95  
y otros mil que no se cuentan,  
aun no habrían sucedido  
si no fuera... si no fuera...  
(¡ay, cielos!, ¿si lo diré?,  
¡muda se queda la lengua!) 100  
porque se pasaba el tiempo  
a los pavos y terneras,  
a conejos y perdices  
y a la delicada pesca,

y aun a los duros capones, 105  
(salvo el novio) que protesta  
que esperaría gustoso  
por más que todo se pierda.  
Del médico desahuciado  
estaba un hombre en la aldea, 110  
previnieron el entierro  
y las funciones de mesa,  
porque el casarse y morir  
todo es uno en esta tierra.  
Púsose el enfermo sano, 115  
y la familia reniega  
del diablo de la salud,  
que tal petardo les pega;  
que un hombre debe morir  
si está la provisión hecha. 120  
¿No es mayor inconveniente  
que las novia se les muera,  
que se moje la Isabel,  
que sus cortejos perezcan,  
que el que se pudran los pavos 125  
y se pase la ternera?  
Pues qué ¿no se halla un carnero  
en la más mísera aldea?  
Pues eso basta, que el resto  
todo es una friolera. 130

Así claman los amantes,  
heridos de aguda ausencia;  
así gritan por las calles  
con mil voces lastimeras:  
uno maldice a Cupido, 135  
otro de Venus reniega,  
aquél por no sentir males  
dicen que a Baco se entrega;  
hay quien se va con Diana,  
y en los bosques se alimenta 140  
llenándose de bellota  
para convertirse en bestia.  
Todos buscan y no hallan  
remedio para su pena,  
y entre todos hay alguno 145  
que al dios Apolo se llega;  
y en el coro de las musas  
canta tal como pudiera  
el más destemplado grajo  
entre dulces Filomenas. 150  
Cante, pues, éste mi copla,  
diga de su voz mi letra,

que yo quedaré contento  
con que llegue a las orejas  
de las ausentes señoras, 155  
y se queden o se vengan,  
que entretanto escribiré  
lo que pasare en la aldea  
y será segunda parte  
de mi copla jacarera. 160

## Epigramas

### I

No soy exagerador,  
ni menos voy a adularte:  
más quiero ser suscriptor  
a tus seis tomos, Iriarte,  
que si me hicieran su autor. 5

### II

A tus obras suscribí:  
¡caras son! dije, Tomás;  
pero después las leí,  
y diera el doble y aún más  
por no ver mi nombre allí. 5

### III

¿Qué importa que la gota  
quiera matarte, Tomás,  
si has logrado ya el hacerte  
con tus obras inmortal?

#### IV

Mis obras serán las flores  
de donde saquen la miel  
las abejas sus lectores:  
esta es la pintura fiel  
que hiciste a los suscritores. 5  
¿Quieres. corregir, Tomás,  
la pintura sin trabajo?  
Pues, amigo, llamarás  
al lector escarabajo  
y a tus obras... lo demás. 10

#### V

Yo sé que no ensuciarías,  
Iriarte, tanto papel,  
si cuando escribes gritasen:  
¡Tomás, que viene Forner!

#### VI

Huerta escribe que el Parnaso  
está cubierto de nieve...  
¿La fecha? El día en que Iriarte

dio sus obras... Cabalmente.

## VII

Gran venta hubieran logrado,  
Iriarte, tus poesías  
en los tiempos de Villegas  
de Garcilaso y de Ercilla:  
no la lograrán ahora, 5  
Tomás, porque en nuestros días  
no tiene ya nuestra España  
como entonces polvoristas.

## VIII

Tus obras, Tomás, no son  
ni buscadas ni aun leídas,  
ni tendrán estimación  
aunque sean prohibidas  
por la santa Inquisición. 5

## IX

Grandes alaridos dan  
Horacio y el buen Virgilio;  
del sumo Jove el auxilio  
los dos implorando están.  
¡Júpiter!, ¿dó están tus rayos? 5  
¿Cómo permites que Iriarte,  
traduciéndonos sin arte,  
nos ponga en disfraz de payos?

## Glosa de un epigrama de Iriarte

Décima contra un vizcaíno autor de unos malos versos castellanos que él llama sáficos y adónicos

Por más que en metro latino  
voces castellanas usas,  
no te permiten las musas  
dejar de hablar vizcaíno.  
El rebuzno del pollino 5  
en que el verso se trocó,  
que Safo en Grecia inventó,  
hizo que Apolo exclamase:  
Caballo en el Pindo, pase,  
pero ¿borrico?... eso no. 10

## Glosa

A un vizcaíno que leyó  
esta décima, no más,  
tuya, erudito Tomás,  
la bilis se le exaltó.  
Y tanto le disgustó 15  
el epíteto pollino,  
que asaz furioso y mohíno  
clamó: ¡desvergüenza es!  
por más que diga en francés,  
por más que en metro latino. 20

En vez de dar con gracejo  
una suave reprimenda  
con invención estupenda,  
usas un apodo viejo:

¡vaya que es rancio y añejo 25  
el dicerio de que abusas!  
Nuestras orejas acusas  
cual si fuesen las de Midas,  
por cierto bien comedidas  
voces castellanas usas. 30

Con primor, con artificio,  
enseñar al que no sabe  
esto en un poeta cabe  
y es muy propio de su oficio;  
pero muda de ejercicio 35  
desde luego, si rehúsas  
cambiar el tono que usas  
con el autor mi paisano,  
pues modo tan poco humano  
no te permiten las musas. 40

Parece que has intentado  
persuadir que no se meta  
a ensayarse de poeta  
en su idioma un vascongado:  
¡oh, lenguaje desdichado!, 45  
que ha perdido tal padrino,  
ya será gran desatino  
presumir que para ser  
buen poeta es menester  
dejar de hablar vizcaíno. 50

Las fábulas, que te dieron  
bastante que cavilar  
para poder imitar  
otras que te precedieron,  
tu concepto desmintieron; 55  
pues demuestran, imagino,  
que según se dé destino  
a las cosas, se hallará  
que alguna vez convendrá  
el rebuzno del pollino. 60

Hay mucho bueno en tus obras,  
todo el mundo lo dirá;  
pero también convendrá  
descartar algunas sobras.  
Y pues el aplauso cobras 65  
de cuanto bien te salió.

esta vez amigo no,  
pues del burro la trompeta  
te hizo dar una volteta  
en que el verso se trocó. 70

En la décima corriente  
en que dejaste en olvido  
cómo había merecido  
tan mal trato el penitente,  
no sé si oportunamente 75  
tu erudición se ostentó;  
doyte muchas gracias yo  
y a la musa que te sopla,  
que así sé cuál es la copla  
que Safo en Grecia inventó. 80

En el Parnaso leyeron  
tus versos disparatados,  
y por buenos y acertados  
casi todos los tuvieron.  
Algunos contradijeron 85  
niñerías de esta clase,  
y para que no pasase  
adelante aquel rumor  
la música en tu favor  
hizo que Apolo exclamase. 90

El que en los poetas note  
lo flaco y lo macilento,  
encontrará en más de ciento  
el retrato del Quijote.  
Así nada te alborote, 95  
si tu musa se enfadase  
cuando un Rocinante hallase,  
pues por cortesía sólo  
creo que diría Apolo  
caballo en el Pindo pase. 100

Con el asno tu ojeriza  
manifestándonos vas,  
acaso recordarás  
de Segarra la paliza.  
Esto que tu rabia atiza 105  
también al numen movió,  
cuando al vizcaíno trató  
por serlo, de aquella suerte;

pues sepa Apolo que es fuerte,  
pero ¿borrico?... eso no. 110

### Coplas para tocarse al violín, a guisa de tonadilla

Cantar la música Iriarte  
se propuso en un poema,  
y en lugar de sinfonía  
tocó la gaita galleta:  
Las maravillas de aquel arte canto... 5  
¡Dios guarde, oh muñeira, tu gracia, tu encanto!

De Juan de Mena llegó  
a la berroqueña oreja  
aquel estupendo verso,  
con que el poema comienza, 10  
y dijo asustado: ¿Qué música es ésta?,  
jamás otra tal me rompió la mollera.

Ni destemplados clarines,  
ni la zampona perversa,  
ni en vil mercado el molesto 15  
gruñente animal de cerda,  
que hasta los perros y gatos ahuyentan,  
tan desapacible hirió mis potencias.

¡Señor Iriarte o don diablo!,  
si más estilo y cadencia 20  
no dais al verso, dejad  
vuestra profesión coplera,  
o al versificar, ved antes si os presta  
el Asno erudito sus tiesas orejas.

## Los huevos moles

(Parodia de «El murciélago alevoso» de Fray Diego T. González)

Compuso Juana un día  
de huevos moles razonable fuente,  
sin saberlo su tía,  
que la hubiera reñido impertinente;  
con ella se promete 5  
obsequiar a Perico, un mozalbate  
con quien la niña tuvo un cierto acaso.  
Mas esto no es del cuento, al cuento paso.

Hecha la fuente, ya guardarla piensa  
en lugar reservado; 10  
en efecto, metiola en la despensa  
y, dejando cerrado,  
a la labor se vuelve muy serena.  
Mas el diablo sutil que el mal ordena  
desbarató de Juana el fino intento, 15  
escogiendo un ratón por instrumento.

Esta vil criatura  
por todo el aposento discurría  
con tanta travesura  
que agente de negocios parecía, 20  
buscando diligente  
manjar en que pudiera hincar el diente;  
y, encontrando la fuente cara a cara,  
para el feliz asalto se prepara.

Jamás el griego acometió al troyano, 25  
el Campeador a Muza,  
a Bayaceto el Tamorlán tirano,  
ni en cruda escaramuza  
con tanta fuerza el godo poderoso,  
testigo de ello el cielo luminoso, 30  
acometió a los vándalos y suevos,  
como el ratón arremetió a los huevos.

Allí, sin temer daño,  
trabado de palabra con la fuente,  
la tripa de mal año 35

saca, como se dice vulgarmente,  
sin que advirtiese que le estaba viendo  
un enorme gatazo reverendo,  
capón de hocico, si detrás castrado,  
y de manchas el lomo remendado. 40

El animal, que de su huésped mira  
el descuido notable,  
salta al vasar intrépido y se tira  
al ratón miserable,  
cual húsar bravo o capitán prusiano 45  
se tiran a un francés republicano,  
siendo el final del temerario duelo  
fuente, gato y ratón venir al suelo.

Al golpazo medrosa,  
acude prestamente la sobrina 50  
y, entrando presurosa,  
la causa del estrépito examina;  
y, viendo ya perdidos  
los huevos de Perico apetecidos,  
el llanto empaña sus hermosos soles, 55  
justas exequias de los huevos moles.

Mas volviendo a Perico, que ignorante  
del catástrofe estaba,  
y de Juanita la expresión amante  
solícito esperaba, 60  
cuando fue noticioso del suceso,  
estuvo a pique de perder el seso,  
en tanto grado que con rabia fiera  
reconviene al ratón de esta manera:

«¿Por qué, monstruo malvado, 65  
el infernal hocico allí metiste?,  
¿por qué a mi dueño amado  
justo motivo de pesar le diste?,  
¿ni cómo impunemente  
pensabas asaltar la virgen fuente 70  
dejándonos en pena tan tirana  
a mí sin plato, sin consuelo a Juana?

El cielo vengador, bestia disforme,  
ejecute contigo,  
en pena de delito tan enorme, 75

un horrendo castigo:  
persígante muchachos y criadas,  
caigas en ratoneras bien armadas  
y los vivientes de la tierra todos  
te mortifiquen de distintos modos. 80

Píquente, pues, moscones,  
garrapatas, ladillas y saltones  
moscas, mosquitos, tábanos, polillas,  
alguaciles arañas  
con toda la caterva de alimañas, 85  
y el brevísimo cínife ligero  
de tu delito incauto trompetero.

Emboscadas de gatos te aprisionen,  
te arañen y exterminen,  
te persigan, te acosen, te arruinen 90  
y nunca te perdonen;  
en lazos corredizos, trampas, redes,  
huevecida sacrílego te enredes  
y sin poder parar en todo el mundo  
ratón, Caín errante y vagabundo. 95

Te muerdan, te maltraten,  
te ahoguen, despedacen, mortifiquen,  
te revienten, te maten,  
te descoyuntan y te sacrificuen,  
te ahorquen, te estropeen, 100  
te despeñen, te arrastren, te aporreen,  
te hieran, de desuellen, te mutilen,  
chilles, rabies, te mueras, te aniquilen.

Con pena tan debida, tu insolencia  
quedará castigada; 105  
yo contento y, en fin, por consecuencia  
mi Juanilla vengada.  
Mas, porque a todos sirva de escarmiento  
el fin de tu goloso atrevimiento,  
este epitafio en tu sepulcro escrito 110  
conserva el ejemplar de tu delito:

Epitafio

Aquél cuya voraz hambre rabiosa  
no perdonó jalea ni perada  
en el vasar más alto reservada,  
ni queso ni manteca ni otra cosa; 115

el que burló mil veces la famosa  
vigilancia gatuna y sus celadas,  
trampas y ratoneras celebradas,  
hoy, ratón caminante, aquí reposa.

Suspende, pues, el paso y considera 120  
cuán cara le costó su golosina  
y el hacer que Juanita se afligiera.

Así enmendar tu vida determina,  
advirtiéndote qué pena tan severa  
es el amor el juez quien la fulmina.» 125

Descripción del convento de carmelitas de Bilbao, llamado el  
Desierto

Fragmentos

En el más sano clima de la España,  
una fértil colina  
hermosea y domina  
el mar y la campaña.  
Un río tortuoso,  
con las aguas marinas caudaloso,  
la presenta sus naves y las baña.  
Coronan su eminencia  
un templo entre cipreses y, a su lado,  
en un bosque frondoso  
un humilde edificio colocado,  
apenas a la vista descubierto,

de veinticuatro estáticos varones,  
grandes por su retiro y penitencia,  
ésta es la habitación, éste el Desierto.  
Ni escarpados peñones  
que forman precipicios espantosos,  
ni grutas habitadas por leones  
entre bosques umbrosos,  
ni aullidos de demonios y de diablos,  
como entre los Antonios y los Pablos,  
ni objeto que conspire  
a que la soledad horror inspire,  
hay en este retiro penitente.  
Aquí naturaleza hermosa y varia  
recomienda la vida solitaria,  
aquí cada viviente  
yace en reposo amable:  
un silencio se observa comparable  
a la noche más quieta:  
parece que de intento  
ni el río corre, ni la mar se inquieta,  
ni los pájaros cantan,  
ni las hojas se mueven con el viento,  
y que en sueño profundo  
duerme tranquilamente todo el mundo.  
Así, cuando se acerca algún mundano  
a la colina santa,  
como pise profano  
el duro suelo sin desnuda planta,  
sólo de sus pisadas el ruido,  
por el eco en la estancia repetido,  
le turba, le detiene.  
Con silencioso paso se previene  
a entrar en lo escondido del Desierto:  
todo se le presenta como muerto,  
duda si es panteón, pero ya escucha  
o freír una trucha,  
o bien que el remangado cocinero  
alborota el cobarde gallinero.  
El tímido mundano ya respira,  
entra; mas, sin embargo, cuanto mira  
le dice claramente:  
muerto estoy para el mundo enteramente.  
Dentro de lo profundo e ignorado  
de la estrecha clausura,  
habita cada monje sepultado  
en una celda oscura.  
Por su estrecha ventana,  
enemiga del día,  
ni una sola mañana  
entró la claridad que el alba envía.

Mas en este momento deleitoso  
en que naturaleza  
presenta nueva luz, mayor belleza,  
en el lóbrego seno de su alcoba,  
¡cómo en sueño profundo y delicioso  
el cenobita extático se arroba!  
Con celestial consuelo  
en espíritu ve que, desde el cielo,  
la refulgente aurora  
con sus rayos el mar y el campo dora,  
ve que la sombra huye,  
ve que la luz naciente restituye  
a la naturaleza sus colores.  
Oye cantar las aves sus amores,  
y a la madrugadora golondrina,  
de los pueblos vecina,  
que dice: -Labradores,  
el día se avecina;  
honrados profesores  
de las artes y oficios,  
id a vuestros usados ejercicios.  
Ve que cada viviente se encamina  
do su natura o menester le inclina,  
y ya en este momento  
ve la máquina toda en movimiento.  
Alaba entonces al Señor que ordena  
del universo mundo la colmena,  
cuyas abejas mira en los humanos;  
alaba con fervor a sus hermanos  
que labran el panal con vigilancia;  
y alaba, sobre todo, la abundancia  
con que el enjambre pródigo mantiene  
tanto zángano gordo como tiene.  
Ya la campana por el aire suena,  
y en el hueco abreviado  
de la escondida alcoba ya resuena,  
con importuna voz, y al monje llama,  
al monje que, arrobado  
en el Tabor glorioso de su cama,  
está en sudor bañado.  
Deja, deja, corista, al religioso  
que en éxtasis divino se recrea,  
no saques de la mística pelea  
al que esgrime su brazo victorioso.  
Mas el joven corista vigilante  
toca, vuelve, se afana  
y, después que abandona la campana,  
empuña una matraca horrisonante.  
En ella emplean los membrudos brazos  
su monacal pujanza,

porque suene o se haga mil pedazos,  
lleva el horrendo son de puerta en puerta,  
y el místico durmiente se despierta.  
- Dios perdone al corista la venganza  
de que en todo el Desierto  
sólo el de la matraca esté despierto,  
por menos de otro tanto  
suelen llamar envidia al celo santo.  
Diciendo estas palabras se espereza,  
se incorpora, bosteza,  
se remueve, se viste... le fatiga  
el peso de su mole... sin embargo,  
sale desde su místico letargo,  
con voluntaria tos limpiando el pecho,  
al frío coro del caliente lecho.  
Si a la señal primera  
del cañón, del tambor, de la bandera  
marcha desde los brazos de su esposa,  
cercada de sus hijos y llorosa,  
a las ondas alegre el marinero  
y a la batalla intrépido el guerrero,  
es porque los profanos  
corren tras el honor y el pan hambrientos.  
También acuden, con perdón, contentos  
al son de la corneta cien marranos;  
también al son de la quebrada teja,  
abeja por abeja  
se congrega sin número al enjambre:  
así, cuando el honor o cuando el hambre  
es el móvil del hombre, lo confundo  
con todos los vivientes de este mundo,  
sujetos a las leyes del destino  
que la naturaleza les previno.  
Mas no confundo a aquel que en la clausura  
su pan y sus honores asegura,  
a quien jamás altera  
el cañón, el tambor o la bandera;  
y si grita la envidia, ni por eso,  
que el fraile es el ratón dentro del queso,  
o bien es la polilla dentro del paño:  
¡aplíquese la burla al ermitaño!  
Mas, ¡oh santa obediencia religiosa!,  
que ya a la voz de la matraca odiosa  
los frailes uno a uno se congregan;  
y ya que a paso lento al coro llegan,  
en la sagrada estancia  
cantan con estudiada disonancia  
al Todopoderoso  
un son lacrimoníaco y gangoso.  
Cuando a solas contemplo

que del gran Escorial, en el gran templo,  
los robustos y místicos varones  
con sus gordos elásticos pulmones  
rompen los aires, el recinto atruenan,  
y hacen temblar los vidrios de palacio  
cien frailes Polifemos que rellenan  
del inmenso edificio el grande espacio,  
clama mi débil voz con santo celo:  
¿A qué tanto gritar?, ¿es sordo el cielo?,  
¿no escucha como grata e insinuante  
aquella voz sumisa y gangueante  
del que tiene las gafas por sordina?  
Si un vicario de monjas se examina,  
nos dirá que es más dulce y penetrante  
una voz virginal y femenina:  
por esta regla harían los mundanos  
de los cien Polifemos cien sopranos.  
Grite, pues, de vosotros quien quisiere,  
y diga que, en la vida sedentaria,  
el glotón que más grita más digiere.  
Mas en esta colina solitaria,  
donde se comen truchas y salmones,  
diciendo (no lo creo en mi conciencia)  
que es mayor penitencia  
que estarse alimentando un año entero  
de grasientas tajadas de carnero:  
¿a qué dar tanta guerra a los pulmones?  
[.....]  
Hay una calavera  
enfrente del asiento  
del Padre presidente.  
Dije al refitolero: - Bueno fuera  
quitar esta costumbre por dañosa.  
- ¿Quitarla?, me contesta, ¡linda cosa!...  
Que está puesta de intento  
verá usted brevemente,  
y está muy bien dispuesto  
que esté la calavera en este puesto.  
Mientras come el caballo su cebada,  
el soldado dispara su pistola;  
esta costumbre sola  
le basta al animal para que luego  
ni el estruendo, ni el fuego,  
le causen impresión, y por fortuna,  
si le causan alguna,  
será para que el bruto acostumbrado  
haga memoria del pesebre amado.  
Aquí de la espantosa calavera  
de la misma manera,  
cuando delante de ella penitente

se ponga el presidente,  
¿le causará impresión?, ¿hará memoria  
del infierno, del juicio o de la gloria?,  
¿acaso pensará en el purgatorio,  
o en la dulce mansión del refectorio?  
Verá entrar con la mente fervorosa  
por la puerta anchurosa  
los gigantescos legos remangados,  
cabeza erguida, brazos levantados,  
presentando triunfantes  
tableros humeantes,  
coronados de platos y tazones,  
con anguilas, lenguados y salmones;  
verá también, así como el primero  
en la refriega el capitán guerrero  
entra por dar espíritu a su gente;  
verá, digo, que el mismo presidente  
levanta al cielo sus modestas manos,  
pilla el mejor tazón, y sus hermanos  
imitan como pueden su talante,  
y al son de la lectura gangueante,  
que es el ronco clarín de esta batalla,  
todo el mundo contempla, come y calla.  
Verá cómo levanta el débil viejo  
la blanca taza de licor bermejo,  
por su trémula mano nunca rota,  
ni vertida jamás la menor gota.  
Verá... Pero ya basta, señor mío,  
de la tal calavera yo me río,  
mientras tiemblo, ¡ay de mí!, si considero  
los huesos de mi tísico puchero.

#### Décima a don Manuel Samaniego

Este padre franciscano  
te pide con sumisión  
que le des buena ración  
de ese mosto soberano.  
Mira que la espada en mano 5  
lleva con mucha osadía,  
y, si tú en aqueste día  
no das por el santo viejo,  
sabrá curtir tu pellejo  
y darle a la botería. 10

El pastor músico

Fábula

En los campos de Arcadia  
el pastor Melibeo  
sacaba diariamente  
primores mil del rústico instrumento.

Jamás tales canciones 5  
repitieron los ecos,  
porque no era muy fácil  
naciese al mundo tañedor más diestro.

Pastores y zagalas,  
llamados de su acento, 10  
en bailes y retozos  
pasaban a su lado alegre el tiempo.

Y en tanto los ganados  
por los vecinos cerros  
se exponen descarriados 15  
al carnívoro lobo y otros riesgos.

Hoy faltan tres ovejas,  
mañana seis corderos,  
y al ver pérdidas tantas  
todos maldicen al pastor funesto. 20

Los viejos reunidos,  
tomaron el acuerdo  
de arrojarle al instante,  
como perjudicial, lejos del pueblo.

Escuchó la sentencia 25  
con un desdén soberbio,  
teniéndola el pedante  
por un agravio a sus talentos hecho.

Como Escipión romano  
salió, diciendo necio: 30  
íreme, ¡y para siempre!  
¡Ingrata patria, no tendrás mis huesos!

¡Echarme de estos campos!  
Al fin, hombres groseros  
no merecen gozarme, 35  
pues desprecian el mérito que tengo.

Diciendo así, orgulloso,  
salió para el destierro,  
a sus jueces mirando  
con el más soberano menosprecio. 40

Lo mismo de continuo  
sobre la tierra vemos:  
el orgullo insensato  
es vicio incorregible, esto no es nuevo.

Pero vamos a cuentas, 45  
amigo Melibeo:  
el amo te tenía  
para cuidar sus cabras y corderos.

Si la hacienda le pierdes,  
¿qué le importa a tu dueño 50  
que las selvas encantadas  
músico superior al tracio Orfeo?

Por el amor perdido

La muerte fiera  
con brazo impío,  
de entre los míos  
la arrebató.  
Ya se acabaron 5  
todas mis glorias,  
tristes memorias  
sólo dejó.

Ya se acabaron  
los bellos días 10  
que de alegría  
gozaba yo,  
en la pradera  
de mis amores  
tristes rigores 15  
sólo dejó.

Hacia la tumba  
se fue mi dicha  
y nada bueno  
puedo esperar. 20  
Que escarmienten  
en mi desgracia,  
que es mi ruta  
sólo llorar.

Cuando al sepulcro 25  
regio, pastores,  
hermosas flores  
ponéis de amor,  
digamos todos  
con voz llorosa: 30  
«Bajo esta losa  
respira amor.»

Aquellos ojos,  
negros y afables,  
su luz hermosa 35  
perdieron ya.  
Los míos tristes  
e inconsolables,  
ninguna cosa  
pueden gustar. 40

## Canción

Yo te amaré,  
Gelmira, hasta que el cielo  
temple del sol  
los rayos y el calor,  
hasta que el mar, 5  
furioso y atrevido,  
suba a apagar  
del Vesubio el ardor.

Yo te amaré,  
más constante que a Leda 10  
el cisne Dios,  
que burló su candor,  
más que el Amor  
a su adorada Sigis,  
a quien rindió 15  
burlando su candor.

Yo te amaré,  
yo besaré la flecha  
con que el amor  
hirió mi corazón, 20  
yo te amaré,  
idolatrada esposa,  
hasta morir  
durará mi pasión.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

